

ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

EL MADRID DE 1909

Es frecuente dialogar, con nostálgica complacencia, sobre tiempos pretéritos. Ello revive juveniles andanzas y es sedante para el espíritu en los actuales días de vertiginosas actividades.

Con emocionada alegría—comentábamos aquella noche en la tertulia—hice, allá por el mes de Noviembre de 1908, mi primer viaje a la Corte. Embarqué en una estación extremeña al filo de las nueve de una tibia noche otoñal. Saltando de gozo, ansioso de descubrir nuevos horizontes, transcurrió mi viaje. Siempre pegado a la ventanilla, controlé todas las paradas del convoy y el trasiego de viajeros. Me extasié viendo llegar el nuevo día, y cómo los primeros rayos del sol iluminaban las llanuras castellanas, mientras mis ojos, en valiente vigilia, brincaban de gozo, oteando panoramas a velocidad que yo estimaba diabólica. ¡Viva el progreso!

Recordaba entonces lo que había oído referir a mis mayores, cuando se viajaba en diligencia. Y, mentalmente, exclamaba: «¡Pobrecillos, lo que penarían con los baches de las carreteras! ¡Toda una semana dando bandazos y sin más tiempo para desentumecer miembros que el que le permitía el escaso del relevo de los tiros de caballos!» Y dí otro íntimo y apasionado ¡hurra! a la civilización.

Después, quedé observando el desasosiego de los viajeros: unos, bajando maletas, de las que extraían útiles de aseo; otros, quitándose el guardapolvo, que luego doblaban cuidadosamente y guardaban; alguno, se limitaba al arreglo del lazo, después de abrochar perfectamente el postizo cuello duro de pajarita. Todo lo cual me hizo presagiar que nos hallábamos próximos a finalizar el viaje. Pero el tren se detiene de nuevo en otra estación pueblerina. (¿Cuántas estaciones hemos contado desde nuestra salida?) Una vigorosa voz repite, desde la cabeza a la cola del convoy: «¡Fuenlabrada, cinco minutos!» Y otra voz, ahora femenina, ofrece desde el andén: «Rosquillas de Fuenlabrada...»

Los viajeros, muchos viajeros, desbrazados en las ventanillas, reclaman a la vez una ristra de las sabrosas y almibaradas rosquillas. Cuando puedo hacer un hueco aireo mi brazo fuera del coche y solícito, con energía y con prisa—el tren comenzaba a moverse—, mi ración de desayuno, que la buena mujer, siguiendo ya nuestra marcha, me entrega por el aire; y, por el aire también, van mis dos reales en calderilla, que se desparraman por el andén.

¡¡Al fin, Madrid!!

La gran bóveda de cristales de la estación de Delicias y sus amplios andenes, ya motivan mi admiración. A la salida, ajusto un coche, con su correspondiente jamelgo; y paseo de las Delicias arriba, muy repantigado y con mi maleta al lado—«¡cuidado, hijo mío,

mucho cuidado, para no perderla de vista!»—, me adentré en la gran urbe. Fumé no se cuantos cigarrillos en el trayecto, y, ya fuera por exceso de nicotina—nicotina de aquellos cilindricos paquetitos de treinta y cinco céntimos, o por cansancio de las retinas, ávidas de captar cuanto nos salía al paso, es lo cierto que llegué a un cuarto piso de la calle de la Cruz, en estado precomatoso; como para meterme en seguida en la cama.

Cuando, por la tarde, después del almuerzo—comida la llamábamos en castellano puro—y haber instalado mi equipaje en la habitación que me asignó la patrona, me eché a la calle, acompañado de mi cicerone (un paisano amigo que habría de ser luego condiscípulo en tareas estudiantiles), imaginé ser un pigmeo; una diminuta hormiga entre el ambular de tanta gente que se movía con agilidad y con prisa, sorteando, con felina cautela, el cruce de coches y de tranvías.

—«¡Ahí vá; eh!»—, nos avisaba el auriga, cuyo caballejo, estimulado por la caricia constante del látigo del experto conductor, arrastraba el vehículo a trote rítmico y cansino. Un salto de atleta y nos situamos en la acera. Entonces todas las calles y plazas eran en proindivisa propiedad de peatones y carruajes. Marchábamos cómo y por donde nos apetecía: incluso después de aquel decreto de la Alcaldía: «llevar la izquierda», más nominal que efectivo. Claro que se obedecía con cierta disciplinada voluntad a los encargados del orden. ¡Vaya si eran respetados los aguerridos *romanones*, con sus vistosos cascos y sus cumplidas capas de fino y lustroso paño azul!

La tradicional costumbre de las doce uvas, fué bastante movida al iniciar su primer bostezo el año 1909. Cierva, en Gobernación; Millán Astray, en la Dirección General de Seguridad. La amplia superficie de la Puerta del Sol, estaba ocupada por ingente muchedumbre, dispuesta a celebrar, ingiriendo una a una las doce uvas, la entrada del nuevo año. Pero como Madrid es así, como Dios quiso que fuera de cordialísima y alegre, pues ocurrió que el señor Ministro de la Gobernación, estimando, sin duda, que era llegado el momento de abolir tan bulliciosa costumbre, dispuso, como medida previsoramente para el desilusionado «rompan filas», que aquella noche final de 1908 no bajase la Bola del reloj de Gobernación, ni desgranase sus doce campanadas, a compás de las que habrían de saborear miles y miles de sencillos y optimistas madrileños, el néctar de la felicidad.

Y, efectivamente, ni el reloj dejó oír las ansiadas campanadas, ni la dorada bola descendió de su elevado sitio. Pero, como las manecillas no fueron objeto de tal castigo, resultó que, al señalar éstas la hora exacta de la medianoche, el público, la imponente masa que llenaba la plaza y taponaba las bocacalles de Montera, Alcalá, Carrera, Preciados, Carmen, Arenal y Mayor, apercebidas del engaño, trasegó con prisa el rico zumo y rompió a gritar, alborotadamente, haciendo sonar toda clase de instrumentos, hasta convertir la popularísima vía en escenario de policromada y gigantesca zambra. Pero, a la media hora, el desfile se inició sin mayores estridencias, en sana y franca alegría, retornando el tráfico normal por la principal arteria del inolvidable Madrid de los mejores años de nuestra vida.

¡Dichosos tiempos! Una peseta, para un estudiante, era cantidad que rozaba el despilfarro, si podía gastarla diariamente. Teníamos nuestras costumbres: el *tupi*, que costaba quince céntimos, tomado en el portal del salón Romea (calle Carretas) y la cuarta de Apolo—veinte céntimos en gallinero—; y nos quedábamos con la letra y música de: *La Alegría del Batallón*; *Los hombres alegres*; *Aquí hase farta un hombre*; *El método Gorriz...*, interpretados por la Soler, Palou, Carrera, el popularísimo actor cómico, Moncayo, el gran caricato.

También nos asomamos al Cómico, donde bordaban *Alma de Dios* la célebre Loreto Prado y el inimitable, *buenazo* protagonista, Enrique Chicote.

Eslava, el viejo teatro del pasadizo de San Ginés, tenía en su repertorio *La balsa de aceite*, de Sinesio Delgado, graciosísimo y dinámico, con su voccecita aflautada, el inmenso Gonzalito; *Si las mujeres mandasen*, donde la insuperable Sánchez Jiménez hacía una Presidenta con su gentil arrogancia, con su fuerte belleza, que arrebatava a su público.

También admiré y me deleité oyendo cantar, en Price, a la pareja Luisa Vela y Sagi-Barba, interpretando a sala llena todas las noches la deliciosa opereta *La viuda alegre*.

Y guardo especial recuerdo del acogedor y simpático teatro Lara, de aquel Monsieur Richard de *La fuerza bruta*, obra que, como toda la producción del insigne Maestro, alcanzaba éxito clamoroso.

El ambiente de aquella época era sencillo y encantador. Estábamos los cabales. Y así acudimos, en homenaje íntimo, a la inauguración de las obras del primer trozo de lo que es hoy Gran Vía, con el derribo simbólico iniciado con la piqueta por el Rey Alfonso XIII.

La espléndida Gran Vía es hoy orgullo de la Capital de España, y como muy bien dijo cierta persona viajera, Madrid es ciudad cosmopolita. Es como Londres en el sector comprendido por las calles Sevilla, Carrera de San Jerónimo, Plaza de Canalejas...; como Berlín, en el trozo de Alcalá, entre Sevilla y Banco, pues aunque la faltan árboles, se parece a la Göringstrasse; como París, los *boulevards*, Alberto Aguilera, Carranza, Velázquez, General Mola...; como Nueva York, el recorrido de la Gran Vía, desde la Telefónica hasta más allá del Callao, y pronto hasta la Plaza de España.

Pero Madrid conserva su tipismo y su fisonomía inalterable en otras zonas. Por eso este Madrid de hoy puede satisfacer a todos sus visitantes, y despertar recuerdos del lejano ayer, recorriendo Plaza Mayor, Atocha, Plaza Progreso (hoy Tirso de Molina), calle Toledo, hasta llegar a las márgenes del Manzanares.

«El que vive de recuerdos, es que perdió la esperanza», dice un apotegma oriental. Cierto, hasta un límite: no volveremos a gozar físicamente de nuestra juventud, pero sí revivir ilusiones y sentirnos dichosos de encontrar los mismos lugares y ambiente, y, esto, ya es felicidad para el espíritu que, en definitiva, es el goce inmaterial que perdura.

DANHUR



Voces y expresiones viciosas

Avalancha no, alud sí

DICE D. Eduardo de Huidobro en su librito «*¡Pobre lengua!*» (Santander, 1908) que hay un periódico muy

bueno en Pamplona que se llama *La Avalancha*. «Yo le mudaría el título—añade juiciosamente—porque *avalancha* no es término castellano, sino francés».

En efecto, los franceses a los desprendimientos de nieve los llaman *avalanches*. Su equivalente en castellano es aludes.

Mal está que un escritor se sirva de una voz forastera cuando no hay necesidad de ello. Quizá pueda disculpársele si escribe de prisa requerido por el editor o el regente. La premura con que ha de componer su trabajo—está en su propio despacho el chico de la imprenta en espera de recibir las cuartillas que faltan—le obligará, a lo mejor, a echar mano del voquible francés. Y es posible, como han hecho la Avellaneda y D. Pedro Antonio de Alarcón, que lo subrayen para aminorar la injuria a nuestra rica habla, que en verdad no necesita estas importaciones. Pero lo que ya no tiene perdón de Dios, por benévolos y complacientes que seamos, es que demos a un periódico tal denominación. Porque no hemos de bautizarle a matacaballo; porque pensar el nombre de un diario no es puñalada de pícaro. Generalmente han precedido muchas reuniones a la fundación de tal hoja volandera, y cuando nos decidimos por este o aquel título, es cosa ya bien pensada y madurada.

De aquí se sigue que en el caso a que se refiere el Sr. Huidobro no hay disculpa alguna; que dicho galicismo es condenable y que siendo Navarra una de las regiones españolas que por su hondo y acendrado patriotismo más ha contribuido a forjar nuestra personalidad histórica, ha de sorprendernos poderosamente que haya incurrido en tan liviana torpeza.

Viene aquí como anillo al dedo la siguiente filípica del padre Feijóo. A pesar de lo larga que es, no hemos titubeado en transcribirla porque no tiene desperdicio.

«Entre éstos y aún fuera de éstos, sobresalen algunos apasionados amantes de la lengua francesa, que, prefiriéndola con grandes ventajas a la castellana, ponderan sus hechizos, exaltan sus primores, y no pudiendo sufrir ni una breve ausencia de su adorado idioma, con algunas voces que usurpan de él, salpican la conversación, aún cuando hablan en castellano. Esto, en parte, puede decirse que ya se hizo moda, pues los que hablan castellano puro casi son mirados como hombres del tiempo de los godos» (1).